



**HERMANOS DE SAN GABRIEL
REGLA DE VIDA**

ÍNDICE

Siguiendo a Montfort	3
Regla de Vida	4
1. Llamado a vivir en Dios con unos Hermanos	4
2. A la luz del Evangelio con Montfort	6
3. Hermanos de San Gabriel en la Iglesia	9
4. Al servicio de las vocaciones	11
5. Consagrado	13
6. Vivir el celibato por el Reino	15
7. Vivir la pobreza de Cristo	17
8. Vivir la voluntad del Padre	20
9. Vivir como Hermanos en Cristo	22
10. Vivir al servicio de los Hermanos	25
11. Vivir al servicio de los hombres	27
12. Vivir unido a Dios	30
13. Crecer en Cristo	34

Siguiendo a Montfort

En el siglo XVIII vivía en Francia un misionero, Luis María Grignion de Montfort. Desde que se lanzó a la evangelización del pueblo, se sintió llamado por el Espíritu Santo a suscitar discípulos que viviesen el Evangelio como él “a lo apostólico”. Para ayudarle en su misión llamó a algunos Hermanos, les hizo compartir su estilo de vida y “los unió a él por la obediencia y la pobreza” (1715).

Al morir se los confió a la Providencia para continuar su obra, especialmente por medio de “las escuelas caritativas”. En 1722, la comunidad se establecía en Saint Laurent sur Sèvre, cerca de la de las Hijas de la Sabiduría, dirigida por María Luisa de Jesús. Los Hermanos vivieron con los Padres formando la Comunidad de Misioneros del Espíritu Santo. Además de las escuelas caritativas, los Hermanos se dedicaban a las misiones y al servicio de lo temporal.

Gabriel Deshayes, nombrado Superior de las Comunidades Montfortianas en 1821, dio nuevo impulso a los Hermanos. A partir de 1824 había más de cuarenta novicios dispuestos a pronunciar los votos de castidad, pobreza y obediencia. El Superior dio preferencia a la enseñanza. El rápido crecimiento del número de Hermanos de Enseñanza le impulsó a organizarlos como Congregación autónoma: los “Hermanos de la Instrucción Cristiana del Espíritu Santo”, que después de su muerte en 1841, se hizo independiente.

Desde entonces, esta Congregación, que fue reconocida legalmente en Francia en 1853 con el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana de San Gabriel, se desarrolló encargándose de la educación de los niños pobres y la de los sordos y ciegos. A finales del siglo XIX, traspasó las fronteras de Francia para implantarse en Canadá; más tarde en diversos países de Europa. Actualmente, su actividad misionera se extiende por todos los continentes en la fidelidad a la Iglesia y a sus orígenes.

CAPÍTULO 1

Llamado a Vivir en Dios con unos Hermanos

1. Alégrate y da gracias a Dios, tu Padre,
pues hace maravillas para ti.
Te conoce por tu nombre
y te eligió desde siempre
para ser santo, ante Él, en el amor.
2. Por el bautismo, te ha hecho partícipe de su vida
y te ha introducido en la Iglesia,
pueblo de santos que, en pos de Cristo,
camina hacia unos cielos nuevos y una tierra nueva.
3. Libre con la libertad de los hijos de Dios,
te lanzas hacia el Padre
que te invita a morir al pecado,
a crecer en la vida divina,
y, dentro del campo para el que te ha elegido,
a cooperar en la edificación de su Iglesia.
Día tras día le respondes,
y el Espíritu que mora en ti te conduce para amar como Cristo,
conforme a la gracia que te ha sido confiada.
4. Contigo caminan unos Hermanos:
también en ellos actúa el Espíritu del Señor
y os inserta en la corriente
que brotó de la experiencia personal de Montfort.
El Espíritu quiso hacer fecunda su fidelidad al Padre
en hijos e hijas
llamados a hacer fructificar su herencia.

5. Unido a tus Hermanos que trabajan en el mundo,
participas hoy de ese rico patrimonio;
compartes con ellos la misma luz que irradia el Evangelio,
y te hallas comprometido en una misma entrega por el Reino.

CAPÍTULO 2

A la luz del Evangelio con Montfort

6. El Evangelio que se te ha transmitido
te impulsa a trabajar con ardor
para que todo sea consagrado al Padre en Cristo.
Consciente de los valores de la creación
y comprometido en el servicio de los hombres,
testificas la presencia amorosa de un Dios
a quien se debe todo honor y toda gloria.
Tu acción está proyectada hacia este objetivo:
que todos los hombres conozcan a Jesucristo
para que todo quede bajo su dominio,
y sea transformado en una nueva creación
para alabanza del Padre.

7. En esta marcha, tu luz y tu fuerza es Cristo,
Sabiduría Encarnada, Alfa y Omega.
Aprende a conocerla:
conocerás al Padre
y descubrirás el sentido de tu vida.
Se hizo hombre,
murió y resucitó para darnos la vida,
y, para asemejarte a él en tu amor al Padre,
Cristo sigue presente hoy en la Iglesia
por el Evangelio que te ha sido anunciado,
por los sacramentos que son signos de salvación,
por los hombres que viven de su Espíritu.

8. María es la Virgen fiel que acoge la Palabra,
viviendo la espera de la Promesa y su realización
en su Hijo y en la Iglesia naciente.
Primera entre los salvados,
entró plenamente en el designio salvador,
con el mismo amor de su Hijo que ama a todos los hombres.
Si por la fe todos los cristianos están unidos a ella
como Madre,
para ti esta unión constituye un medio privilegiado
de entrar más profundamente en el misterio de Cristo.
Empleando tu corazón en conocerla mejor,
vivirás en comunión con ella
en todo lo que constituye tu vida.
Si por el Espíritu se te ha concedido vivir intensamente
esta relación de amor,
lo manifiestas en medio de tus Hermanos
renovando por María tu entrega total a Cristo.

9. A la luz del Evangelio,
adquieres conciencia viva del pecado
que actúa en el mundo.
Pero, empeñado con Cristo en el combate por el Reino,
no puedes acomodarte al mal,
no puedes quedar indiferente ante el sufrimiento y la muerte,
te comprometes a promover
la verdad, el amor, la justicia y la paz.
Esto no lo conseguirás
sin profundos desgarramientos en ti mismo:
atraído por el pecado, debes arrancarte
de todas las potencias de muerte que hay en ti.
Así, sufrimiento y muerte se hallan en el centro de tu vida,
con todo, son signos de amor;
pasando por el misterio de la Cruz
vivirás la alegría de la Resurrección.

10. Vives en libertad, totalmente disponible:
actúas, por tanto, con audacia y dinamismo
para acudir allí donde Dios te indique
ser más urgentes las necesidades de los hombres.
No temas,
porque el Espíritu de Dios habita en ti,
y tu Padre es un Dios fiel
cuyo amor es incansable.
Sólo de Él lo esperas todo,
viviendo día a día en la alegría de la esperanza.

CAPÍTULO 3

Hermanos de San Gabriel en la Iglesia

11. El Instituto tiene, dentro del pueblo de Dios, una vocación propia reconocida por la Iglesia. Constituye un cuerpo cuyos miembros sois cada uno de vosotros. Juntos estáis empeñados en la consagración del mundo a Dios, con los hombres y mujeres que creen en Jesucristo. Con vuestro modo de vivir testimoniáis que el mundo no puede serle ofrecido más que en el espíritu de las bienaventuranzas.

12. Por vuestra profesión religiosa, confirmáis vuestra entrega total a Dios amado sobre todas las cosas. Arraigados en comunión especial con la Iglesia y su misterio, consagrados a Dios por su ministerio, dedicados a su servicio, participando de su vida y de su santidad, manifestando la unión indisoluble de Cristo con la Iglesia; os convertís en testigos y sostén para los creyentes.

13. Unidos en el seguimiento de Cristo, para quien guardáis disponible vuestro corazón, os amáis como hermanos, sosteniéndoos los unos a los otros en la búsqueda y en la acogida de la voluntad de Dios, compartiendo las riquezas que os dispensa, expresando vuestra caridad en una oración unánime a Dios que os reúne.

14. Vuestra entrega total al Señor
os compromete a amar activamente a los hombres.
Atentos a los más pobres,
colaboráis al progreso de la humanidad
sobre todo por vuestra acción educadora,
y estáis siempre dispuestos a dar razón
de la esperanza que vive en vosotros,
anunciando la Buena Nueva de Jesucristo.
15. Los estrechos vínculos que os unen,
dentro de la diversidad de culturas y compromisos apostólicos,
demuestran que la Iglesia, extendida por todo el orbe,
es una en Cristo.
Vivís vuestra unidad
por la comunicación de vuestras experiencias espirituales,
por la ayuda mutua de las comunidades,
por la participación de todos
en un mismo proyecto de vida y en una misma plegaria.
La autoridad es servicio, signo y garantía de esta unidad
que se basa en una búsqueda común del único Evangelio.

CAPÍTULO 4

Al Servicio de las Vocaciones

16. Tú, que de modo privilegiado,
participas de la riqueza del Evangelio,
no puedes guardarla para ti solo.
Dios quiere que tu vida sea,
para los hombres que encuentras,
un estímulo para que le respondan según su vocación.
Algunos buscarán la voluntad del Señor
compartiendo tu vida;
si nadie se te asocia,
ten el valor de indagar si la causa está en ti.

17. Vive con alegría tu fidelidad a Cristo;
entrégate sin descanso a tu misión de Iglesia;
junto con tus Hermanos,
da testimonio de unidad y de caridad;
abre tu puerta a los jóvenes
y a todos los que desean
asociarse a tu comunidad
en la oración, en el apostolado y en los esparcimientos.
Así, a cuantos se interesen y te pregunten ¿tú quién eres?
¿para qué sirves?, podrás responderles: “¡venid y ved!”.

18. Viendo las inmensas necesidades de los hombres
llamados a vivir en el Reino,
ruega al Dueño de la mies
con la seguridad de que tu oración ya ha sido escuchada:
el Señor enviará obreros
a trabajar contigo en su campo.

19. Guiados por el Espíritu Santo,
algunos jóvenes vendrán a tu comunidad
para encontrar en ella luz y apoyo
y discernir si están llamados a vivir en tu Congregación.
Entre tú y ellos se crea un vínculo especial;
junto con tus Hermanos eres responsable
de su crecimiento en Cristo.

Les ayudas

a vivir en la disponibilidad de la voluntad del Señor,
a desarrollar sus aptitudes personales,
a leer los signos de la llamada
en la Palabra de Dios,
en el encuentro con los hombres
y en los acontecimientos de la vida.

20. Comprometidos durante un tiempo contigo,
los Hermanos de votos temporales
se ejercitan en la vida propia de la Congregación,
y preparan así su admisión definitiva.
Por la profesión perpetua
se hacen tus Hermanos para siempre,
vives con ellos en la alegría
y en acción de gracias.
Respetas a los que han elegido otra forma de vida;
tu oración les acompaña
y sigues ofreciéndoles tu amistad.

CAPÍTULO 5

Consagrado

21. Por tu bautismo,
Jesucristo te ha introducido en una vida nueva.
El Padre te llama para vivir esta consagración
en una intimidad particular con su Hijo.

22. Al aceptar su designio salvador sobre ti,
ofreces tu persona a Dios.
Entre todas las cosas prefieres a Jesucristo,
abandonas todo para seguirle,
participas de su anonadamiento y de su vida en el Espíritu,
te comprometes a vivir su Evangelio
en comunión con tus Hermanos,
y, por voto público, a observar los consejos evangélicos.
Así, tu existencia se convierte en culto continuo
hecho a Dios en la caridad.

23. Tu profesión en la Congregación
te consagra totalmente al servicio de Dios,
de la Iglesia, de los hombres
y muestra ante la comunidad humana
la firmeza y la estabilidad del vínculo que te une a Dios.
Este compromiso puede parecer una locura
a los que no te comprenden;
pero tú sabes que Aquél en quien has depositado tu fe es fiel.
Sólo Él puede hacerte avanzar por el camino de la santidad
con el apoyo de los Hermanos que te ha dado.

24. Tu consagración religiosa es una llamada a una continua superación de ti mismo en el amor. Unido al sacrificio de Cristo, con María, su Madre, das a diario tu vida para la salvación de los hombres.

CAPÍTULO 6

Vivir el Celibato por el Reino

25. Cristo te llama a su intimidad
y te invita al servicio total de su Padre
y de tus hermanos los hombres.
En su amor, te concede la gracia de comprender
que para algunos es mejor no casarse
y conformarse a la condición que Él mismo quiso para sí.
26. Tú respondes a su llamada
con la humilde y gozosa disponibilidad de la Virgen María.
Glorificas a Dios en tu cuerpo
por la oblación de una de las tendencias vitales de tu ser.
Acoges así con mayor amplitud la paternidad de Dios
y buscas únicamente en Él tu realización.
27. La consagración predispone tu espíritu y tu corazón
para una comprensión más clara de los misterios de tu Señor.
Contéplalo, permanece en Él, déjate cautivar por Él,
y tu vida adquiere entonces su plenitud.
28. El celibato por el Reino te hace disponible
para el servicio de tus hermanos
y para la empresa de la salvación.
Tu caridad, libre y alegre en la entrega,
adquiere las dimensiones del mundo
y se hace fecunda en el Espíritu.

29. Vives y desarrollas tu celibato consagrado en una comunidad fraterna: junto a tus Hermanos, unidos en un mismo compromiso, estás atento cada día para revestirte del hombre nuevo. Con ellos participas en la predilección de Cristo por los jóvenes, los pobres, los faltos de cariño, y saboreas la auténtica alegría del Apóstol: la de saber amar con el mismo amor del Señor.
30. Tu fidelidad es un ejemplo y un apoyo para aquellos que contigo construyen la ciudad terrena: eres para ellos signo de los bienes celestiales y de la condición de los resucitados. Tu vida de castidad prefigura la de la ciudad futura.

CAPÍTULO 7

Vivir la Pobreza de Cristo

31. Mira a tu Señor Jesucristo;
rico como era se hizo pobre
para enriquecernos con su pobreza.
Todo lo recibe de su Padre
con espíritu de agradecimiento,
usa, con libertad, de los bienes que se le prestan,
sabe también rehusarlos
siempre por fidelidad a su Padre,
que le ha enviado para salvar a los hombres.
A ejemplo suyo, los santos,
entre ellos San Luis María que nos inspira,
supieron usar dichos bienes
con el mismo espíritu de agradecimiento
y la misma libertad,
siempre disponibles al servicio de Cristo,
buscando, ante todo,
el Reino de Dios y su justicia.
32. Los bienes de los que disfrutas a diario,
lo que recibes por tu trabajo,
de tus Hermanos, de los demás hombres
es una bendición del Señor,
dueño único de todo.
Dale gracias con la sencilla alegría de quien recibe,
como María, la pobre de Yavé.

33. No acapares los bienes que pasan por tus manos.
Te comprometes a renunciar
a todo cuanto ganas, a todo lo que te dan,
para compartirlo en dependencia
de tu Superior y de tus Hermanos.
Así manifiestas ante los hombres
que los bienes son de todos
para preparar la nueva creación
en la que compartiremos la caridad de Cristo.
34. La comunidad en la que vives
no es el único fin de lo que posees.
Con ella, eres solidario de todos tus Hermanos,
de la Iglesia
y de todos los hombres necesitados:
el que tiene dos túnicas,
que las comparta con quien no tiene ninguna,
y el que tiene para comer, que reparta con el hambriento.
Si abres tu corazón a todo hombre necesitado,
el mundo conocerá que el amor de Dios mora en ti.
35. Vives para los bienes futuros:
respeta a los hombres por sí mismos, no por lo que tienen.
Trata de comprender
a todos los hombres que se sienten disminuidos,
marginados o que son rechazados,
permanece cerca de ellos.
Que tu actitud les revele
el gran amor que les profesan el Señor y su Iglesia.
Anúnciales la Buena Nueva de la esperanza de Cristo.

36. No olvides que el mal actúa
en el mundo, en la comunidad, en ti.
Queriendo acumular riquezas
caes en el orgullo del poseer.
Es preciso que te despojes sin cesar de una parte de ti mismo;
entra en la muerte de Cristo para vivir su resurrección.
Para asegurar tu libertad de amar al Señor,
renuncias al uso de tu propiedad.
Imitando la pobreza de Cristo,
puedes, siguiendo su llamada,
vivir más radicalmente tu desprendimiento:
puedes llegar incluso a renunciar a tu patrimonio.

37. Eres libre para amar
y llevar la Buena Nueva a los hombres,
confiando en el amor de Dios, tu Padre.
A ejemplo de San Luis María,
acepta con alegría
vivir abandonado a la Providencia,
aprende, en cualquier situación, a no exigir nada,
a vivir lo mismo en la penuria que en la abundancia,
sin que nada te inquiete.

CAPÍTULO 8

Vivir la Voluntad del Padre

38. La razón de tu vida de obediencia la encuentras en Cristo.
Uno con su Padre en el amor,
hizo siempre lo que el Padre le ordenó:
se hizo servidor de los hombres
y dio su vida por ellos;
y María, por su aceptación, se asoció libremente a la obediencia de su Hijo.
Con Cristo y con su Madre,
acoges en tu vida la voluntad del Padre manifestada a través de múltiples intervenciones.
39. Por tu profesión de obediencia, proclama ante los hombres:
“porque amo al Padre, hago lo que le agrada”.
Aceptas en la fe buscar en comunidad la voluntad de Dios.
Quieres servir y no ser servido.
40. Por su Regla, el Instituto al que te ha conducido el Espíritu te asocia a una misión de Iglesia en seguimiento de un santo; te guía al servicio de tus Hermanos, te ayuda a crecer en la libertad de los hijos de Dios, te une más firmemente y con mayor seguridad al designio salvador del Padre.

41. Expresas y vives tu obediencia
en el seno de una comunidad animada por el Espíritu.
Presta atención para descubrir la voluntad del Padre
sobre ti y sobre los demás en la caridad fraterna,
el diálogo sincero y la plegaria unánime.
Solidario con todos en la acción,
eres responsable, con cada uno de tus Hermanos,
de la edificación de la comunidad en Cristo.
En tus iniciativas, permanece siempre unido a ellos.
42. Tu superior te manifiesta la voluntad del Señor,
reconoces su autoridad
y le ofreces tu franca y alegre colaboración.
Servidor de tus Hermanos,
atento a las necesidades de cada uno
y al bien común de todos,
él es quien suscita la unidad de la comunidad
y quien asume sus decisiones.
43. La autoridad y la obediencia se armonizan
en la confianza y en el respeto mutuos.
Si alguna vez te encuentras en tensión
entre la dependencia y la libertad,
entre tu voluntad y la de tu Superior,
entre tu comunidad y los hombres que te esperan,
recuerda que has comprometido tu vida en la fe,
y que revives en tu persona el misterio pascual de Cristo.
Hijo como era, aprendió por el sufrimiento
lo que cuesta obedecer: la muerte en la cruz.
Quien lo resucitó de entre los muertos
te dará la vida por su Espíritu.
44. No todos comprenderán tu obediencia.
Pero si vives en la alegría y en la unión con tus Hermanos,
serás un testigo de la libertad de los hijos de Dios.

CAPÍTULO 9

Vivir como Hermanos en Cristo

45. Cristo está presente en cada uno de vosotros.
Todos juntos no sois más que uno,
lo mismo que el Padre y el Hijo son Uno.
El amor es el auténtico vínculo de vuestra comunidad.
Amaos como hermanos, lo mismo que Cristo os ha amado.
“La caridad es paciente y servicial,
no es envidiosa,
no busca su interés, no se irrita,
no tiene en cuenta el mal,
todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.
Este amor verdadero, vivido en la sencillez y en la alegría,
será vuestra respuesta al mandamiento del Señor
y el auténtico signo de vuestro amor a Dios.
46. En vuestra comunidad animada por la fe,
movida por la caridad de Cristo,
alimentada en el banquete Eucarístico,
sostenida por la Palabra de Dios,
unida en la oración con María,
seréis unos para con otros
los testigos de la Nueva Alianza.
47. La unidad de la comunidad nace, perdura y se desarrolla
si cada cual sabe dar y recibir.
La acogida de cada Hermano, con sus cualidades y limitaciones,
la estima y confianza recíprocas,
el reparto equilibrado de las tareas comunes,
el compartir y la mutua ayuda,
edifican el hogar donde os gusta encontraros,
para reponeros, relajaros,
mantener vuestras energías espirituales
y vuestro dinamismo apostólico.

48. En la comunidad,
cada uno de tus Hermanos
busca su propio camino hacia Dios;
respetar su misterio de gracia y su conciencia íntima.
No obstante algunas tensiones son inevitables;
ya provengan de la riqueza de las personalidades,
o de la debilidad humana,
no obstante podéis superarlas
si existe franqueza en vuestras relaciones habituales.
Lejos de ser un obstáculo a la unidad comunitaria,
son motivo de purificación, de estima y de autenticidad.
49. En virtud de los lazos que os unen,
vuestra comunidad es solidaria del trabajo de cada uno.
Participando en los éxitos
y en las alegrías de vuestros Hermanos,
compartiendo sus fracasos y sufrimientos,
os interesáis por sus esfuerzos.
Quienes os rodean
os enriquecen las relaciones humanas o espirituales
propias del medio en que trabajan;
en contrapartida, de vuestra vida fraterna
nace un nuevo impulso apostólico.
50. Vuestra comunidad fundamentada en Cristo
es abierta y acogedora a vuestros Hermanos,
a vuestros familiares, a todos los hombres.
Que el pobre que llama a vuestra puerta
no se vaya nunca con las manos vacías:
prodigad a todos una acogida calurosa.
Vuestro amor fraterno incluye a los Hermanos difuntos
cuya labor y ejemplo
contribuyeron al desarrollo de la comunidad.

51. Vuestra fraternidad evangélica
es signo privilegiado del Reino
y fuente de esperanza para la Iglesia y para el mundo.
Que su luz brille a los ojos de todos
con una claridad tan atrayente
que los jóvenes vengan a compartir vuestra vida
y a construir con vosotros nuevas comunidades
unidas en la paz, la alegría y la caridad.

CAPÍTULO 10

Vivir al Servicio de los Hermanos

52. Te has comprometido personal y comunitariamente en la búsqueda constante de la voluntad salvadora de Dios y en su fiel cumplimiento. El designio del Padre, ya realizado por la misión del Hijo, se ha hecho así tu proyecto de vida. Revestido con la responsabilidad de esta misión, participas para su realización, del poder de Cristo. La autoridad y las estructuras de gobierno están al servicio de esta responsabilidad inalienable. Las estructuras son flexibles para adaptarse a las exigencias de la misión.
53. Reconoces en tus superiores la autoridad que proviene de Dios a través de los hombres. Respetuosa con la dignidad de los hijos de Dios y del Espíritu que los anima y los une, la autoridad toma el rostro amoroso del Padre. Ya se ejerza personal o comunitariamente, siempre está al servicio del Reino.
54. Tú eres partícipe de esta autoridad, ejércela con sabiduría, suscita en tus Hermanos las iniciativas de su incumbencia, préstales la ayuda de tus consejos y de tus decisiones, mantén con ellos una relación y un diálogo animados por la caridad.

55. La autoridad y la obediencia,
aspectos complementarios de un mismo misterio de comunión,
te introducen en el misterio de Cristo,
en sus relaciones con el Padre y con los hombres.
Tú y tus Superiores tenéis el mismo alimento cotidiano:
hacer la voluntad de Quien os envía,
y realizar su obra.
Todos, cada uno en su puesto,
estáis entre los Hermanos como quien sirve.

CAPÍTULO 11

Vivir al Servicio de los Hombres

56. De tal modo amó Dios al mundo
que le envió a su único Hijo,
para que todo el que cree en Él no perezca,
sino que tenga la vida eterna.
Y para realizar plenamente la salvación
que había predicado y realizado una vez,
este Hijo envió al Espíritu Santo, que estaba al lado del Padre,
y que actúa como un alma en la Iglesia,
actualizando de generación en generación la gracia
otorgada a los primeros cristianos el día de Pentecostés.
57. El bautismo te ha introducido en la Iglesia,
estirpe elegida, sacerdocio real, nación santa,
pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Dios.
La confirmación te ha fortalecido
y consagrado para el servicio del Reino.
58. Tu profesión religiosa,
comprometiéndote a seguir a Cristo más de cerca,
te asocia más estrechamente a su misión salvadora.
Libre con su libertad,
hombre según su corazón,
buscando en todo su voluntad,
“siempre de su mano”
estás preparado para caminar y sufrirlo todo
con Él y para Él.

59. Testimonias la presencia de Cristo a título particular;
tu vida es signo de la prioridad absoluta de tu elección de Dios
en el centro mismo de tu trabajo profesional.
Lo que crees, lo que vives
no puedes callarlo:
anuncias la Buena Nueva.
60. La Iglesia y tu Comunidad
son quienes te envían
por medio de tu Superior.
Quieren que lleves a cabo tu obra,
te apoyan con su solicitud y su plegaria.
Les estás siempre vinculado en la actividad.
Aunque te sientas solo, desalentado, insatisfecho,
o aparentemente inútil,
si llevas tu cruz unida a la de Cristo,
eres para todos fuente de vida y prenda de fecundidad.
61. Servidor de la Iglesia universal,
ejerces tu misión en el seno de una Iglesia particular.
Unido y sumiso al Obispo,
colaboras estrechamente con los sacerdotes,
religiosos y demás cristianos
comprometidos en el mismo sector apostólico.
62. Tu vida en comunidad fraterna
también testimonia la presencia de Cristo,
de la que hace realidad su último deseo: que todos sean uno,
y conduce a los hombres a glorificar a Dios
en una misma búsqueda de la unidad.

63. Hermano de San Gabriel,
tu participación activa en la misión eclesial de la evangelización
te compromete en el campo privilegiado de la educación,
especialmente la de la juventud en edad escolar.
Educador y profesor, dedicado a una profesión que amas,
y cuyas exigencias y leyes respetas,
manifiestas que el designio de Dios sobre el hombre
abarca la totalidad del misterio humano.
Proclamas el carácter sagrado
y la grandeza de todo lo creado;
tu vida anuncia al mismo tiempo
que el mundo está ordenado al Reino de Dios.

64. La Iglesia está siempre preocupada
por la evangelización de los pobres.
Con tus Hermanos, buscas lo que más urge en esta tarea.
Muy cerca de ti o en países lejanos,
ellos esperan tu afecto fraternal y tu ayuda,
para tomar conciencia de su dignidad humana,
liberarse de la esclavitud del hambre o de la riqueza,
superar su ignorancia o su miseria espiritual,
alimentar su esperanza con la revelación de la salvación.
También ellos son para ti la palabra de Cristo
que te revela tu propia situación ante Dios.

CAPÍTULO 12

Vivir Unido a Dios

65. El Señor está presente en lo más íntimo de tu ser; así, tu trabajo y tu descanso, tu vida entera son sacrificios agradables a Dios.
Por todas partes se te hace presente: en las personas que te encuentras y en los acontecimientos que surgen.
Constantemente caminas en su presencia.
No puedes vivir sin escuchar a tu Señor, sin hablarle.
No sucumbas a la tentación de lo visible y de lo cotidiano.
Una parte de tu tiempo se la reserva Él en exclusiva; ponte ante Él con tu corazón y tu inteligencia.
66. Tu comunidad está reunida en el nombre del Señor.
Vive el amor fraterno poniendo todo en común.
Así mismo, día a día, con un mismo corazón, eleva a Dios una plegaria unánime, una misma alabanza y una misma súplica, con Cristo en medio de ella.
67. Jesús oraba a su Padre en la intimidad del silencio, le daba gracias en medio de las multitudes.
Siempre supo interceder sin cesar en nuestro favor.
El Espíritu de Jesús está en ti y clama “¡Padre!”.
Entra en su oración, en comunión con la poderosa oración de María, con la de Montfort, la de los santos y la de tus Hermanos.
En él, con toda la Iglesia, alabas al Padre y le suplicas que venga su Reino.

68. Ruega a María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia,
que haga crecer en ti al Señor,
que extienda el Reino de su Hijo mediante tu acción apostólica.
Con su mirada contemplas el misterio del Señor,
con ella escuchas la palabra de Dios y la pones en práctica.
De este modo, María marca profundamente tu relación con Dios.
69. Encuentras a Jesús en los sacramentos.
Por estos signos visibles viene a ti
para comunicarte su vida
y robustecer al hombre interior salvándote del pecado.
Así rindes un verdadero culto a Dios tu Padre.
70. La Eucaristía se halla en el centro de tu oración.
Reunido con tus Hermanos en comunidad
y con los cristianos de la parroquia,
realizas el don de ti mismo
en el único sacrificio agradable a Dios.
La comunión con la Palabra y con el Cuerpo de Cristo
sella la unidad de la comunidad
y le confirma para el anuncio del evangelio.
71. El día del Señor te reúne,
en la celebración solemne de la Eucaristía,
con toda la comunidad cristiana.
Es el día de la oración y del descanso
compartidos con tus Hermanos
en la alegría de la resurrección.

72. El mal que en ti mora
debilita tu intimidad con el Señor
y la unión con tus Hermanos.
Reconoce tu pecado,
confiésalo ante Dios y ante la Iglesia.
El sacramento de Cristo te consolida en el amor al Padre
y estrecha tu amistad fraterna.
Pero no olvides de perdonar a los demás
y de reconciliarte primero con tu hermano.
73. Tu comunidad, célula de la Iglesia,
está presente en nombre de los hombres ante Dios;
su oración prolonga la Eucaristía.
La liturgia manifiesta para ella
la riqueza de los misterios del Señor.
El Oficio Divino y el Rosario
inspiran su alabanza cotidiana.
74. Con tu comunidad
compartes la Palabra de Dios.
Acontecimientos, fatigas, alegrías, relaciones de amistad,
todo, a su luz, se expresa en una oración unánime.
75. Cristo te invita a rezar al Padre en lo secreto.
Cerrando tu puerta al bullicio del mundo,
escuchas largamente la Palabra que te dirige,
la acoges y la conservas en tu corazón;
te acompaña a lo largo del día.

76. Eres un hombre comprometido en la acción;
sé auténtico en tu diálogo con Dios.
Cuando oras, estás en la presencia de Dios,
con los acontecimientos del día, con tu trabajo,
con todas las personas que te encuentras.
Todo te lo da para enriquecer tu vida de amor con Él.
77. Ya sabes lo difícil que es orar
en medio del ruido, en la fiebre del trabajo.
Ora siempre sin desfallecer jamás.
Ten la humildad de la oración sencilla.
Si no sabes que decir, cállate:
el Espíritu mismo intercede por ti.
78. El Espíritu de Jesús, presente en ti,
ruega constantemente al Padre.
Él ilumina tu mirada;
en medio de tu acción o de tu sufrimiento
hace brotar la plegaria,
alabanza o súplica: alegría de Dios.
Tu vida se llenará
de la esperanza del Reino que se está realizando.
Vivirás en la paz de Aquél que ve lo invisible.

CAPÍTULO 13

Crece en Cristo

79. Has confirmado la entrega total de ti mismo al Padre mediante tu compromiso definitivo en la Congregación. Su Palabra se presenta ante ti a diario y te invita a una nueva respuesta. Vive en la fidelidad del siervo siempre pendiente de los mandatos de su Amo. Cuando los caminos del Señor no pueden explicarse por la sabiduría humana, sigue sirviéndole en la oscuridad de la fe.
80. Progresas así con tus Hermanos en la unidad, construyendo el Cuerpo de Cristo, hasta llegar, con todo el pueblo de Dios, a formar el Hombre Perfecto que realiza la plenitud de Cristo.
81. Vigila:
el espíritu está pronto, la carne es débil.
Pon a prueba tu corazón a la luz del Espíritu,
y acepta disminuir para que Cristo crezca.
Ruega a Dios que aleje de ti la tentación que conduce a la muerte;
invócale en la noche de la duda y del fracaso,
cuando se debilita tu deseo de seguir a Cristo.
Y si el mal triunfa momentáneamente, recuerda:
donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.
Vuelve a tu Padre y vuelve a tus Hermanos.

82. Dios despliega su poder en tu debilidad;
crecerás en el amor,
produciendo frutos abundantes.
Tus Hermanos se sentirán fuertes con tu fuerza,
tu testimonio iluminará a los hombres en su caminar
hacia Dios.
83. Cuando llegue la hora de la muerte y de la elección definitiva,
fortalecido por tu aceptación constantemente renovada
de la voluntad del Señor,
asistido por María, tu Madre,
alentado por tus Hermanos,
dirás: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.
Pasarás de la muerte a la vida,
como primicia de tus Hermanos
y de los hombres por ti evangelizados.